

Igor ALBORNETT

EL HILO DE ARIADNA

Esta edición de la revista URBANA podría ser simbólicamente bautizada bajo el nombre de *constante y disímil transformación de los marcos teóricos y prácticos de interlocución que construimos frente al hecho urbano*. Bautismo complejo este, no tanto por lo largo de su nombre sino por lo aparentemente intrincado de su formulación. Quisiéramos utilizar el espacio de este editorial para argumentar sobre la necesidad de este bautismo simbólico y aprovecharlo para exponer algunas ideas acerca de la constante reinención de lo urbano como campo de investigación.

Al revisar este número de URBANA el lector encontrará, como es de esperar, variados y variantes temas de investigación sobre la ciudad. Temas que en principio no parecen tener nada en común en escalas de trabajo, abordajes o lugares. De hecho, si se analiza el índice de contenido lo menos que encontrará el lector serán relaciones disciplinarias, espaciales o metodológicas. Pero al ir un poco más allá, al examinar sus artículos, comienza a surgir la posibilidad de identificar un hilo, muy fino y tenso como aquel que proporcionó Ariadna a su amado Teseo, un hilo que resulta invisible al ojo de una lectura despreocupada y diagonal. Este hilo, que no sólo parece atravesar esta edición sino algunos números anteriores de la revista, podría ser definido como el de la incesante reinención de cómo nosotros, los investigadores del fenómeno urbano, interpretamos y traducimos las dimensiones físicas, funcionales, sociales, históricas y ambientales que constantemente moldean y construyen el *locus cita* que Virgilio indicaba a Eneas en sus épicos poemas. Este disímil conjunto de artículos, vistos como conectadas reflexiones sobre el marco de abordaje del hecho urbano, se convierten bajo esta óptica en un claro signo de la vitalidad y buena salud de la actividad investigativa que exhiben los autores que en esta oportunidad comparten su conocimiento a través de URBANA.

Para soportar esta arriesgada afirmación partimos de la premisa de que el cuestionar, proponer, revisar, criticar y argumentar aquello a partir de lo cual interrogamos a la ciudad como objeto de estudio es, o debería ser, el norte constante de la actividad reflexiva del investigador urbano contemporáneo. No queremos sugerir con esto que la investigación de lo urbano sea una especie de círculo vicioso de inestables procesos y constante deriva. Por el contrario, afirmamos que la naturaleza misma de nuestro objeto de trabajo nos obliga a mirarlo con ojos nuevos cada día, sin que ello afecte ni lo riguroso ni lo inteligible de nuestro proceder investigativo, características estas que deben seguir siendo independientes y constantes ante el replanteamiento del objeto de estudio. Independientes y constantes ante la cambiante mirada, como el marco de unos lentes que constantemente ajustan su punto focal.

Si asumiéramos la hipótesis de que este voluble objeto de nuestra labor investigativa que es la ciudad tuviese un carácter eminentemente finito, estático o estable, la mayor parte de nuestro

esfuerzo académico de investigación se habría visto redirigido hace algún tiempo atrás hacia el mejorar, completar, afianzar y defender un conjunto de modelos, creencias y patrones de comprensión probados y estables de lo que entendemos por ciudad. En este supuesto escenario, lo más probable es que hoy estuviéramos leyendo una edición de URBANA llena de una variedad de artículos donde se argumentaría si el método A es mejor que el método B para entender un proceso X. Pero hoy sabemos que no tiene mayor trascendencia discutir si A o B son mejores que otros, si el proceso X está constantemente cambiando, adaptándose y mutando en proceso Z. Frente a este difícil panorama, muchos investigadores, guiados por un espíritu fundamentalmente positivista, han dedicado todos sus esfuerzos en entender los cambios que sufren los procesos (X en Z), lo cual ha traído consecuencias importantes para la disciplina que revisaremos más adelante.

Lo urbano entonces no puede nunca ser declarado cosa finita, estática y estable para quien lo investiga. Esta condición no sólo la afirman temas como el crecimiento, la evolución y la transformación física y social de la ciudad. Hablamos también, y quizás sobre todo, de formación de significados, de sistemas de valoraciones relativas, de emergencia continua, de surgimiento incesante.

Asumiendo como cierta esta condición contingente del objeto de estudio, toda nuestra producción de conocimiento sobre lo urbano está destinada a ser también contingente, relativísima y, lo mejor de todo, infinita e inagotable. Al decir esto no nos referimos a lo infinito e inagotable del tiempo en el que se vaya produciendo este conocimiento, lo cual es condición común a todas las disciplinas que evolucionan. Nos referimos a lo inmensurable de las posibilidades de puntos de vistas que construimos sobre un mismo objeto de estudio, en un mismo momento y lugar. Somos un poco como un grupo de dibujantes que, sentados alrededor de una modelo que posa para nosotros, vamos esbozando con gran destreza la imagen que percibimos de un objeto, en este caso la modelo, a sabiendas de que quienes están a nuestro lado están produciendo una imagen totalmente diferente de la nuestra que, sin embargo, reconocemos como similar o equivalente. Aunada a esta multiplicidad de vistas está la posibilidad de que alguien nuevo se siente entre alguno de nosotros y produzca otra imagen totalmente nueva, *ad infinitum*. Esta extraña situación le da a nuestro dibujo un carácter incompleto, que sólo la yuxtaposición de dibujos alivia, pero nunca subsana en su totalidad. Si agregamos a esto el hecho de que nuestra modelo cambia de posición constantemente, como la ciudad, comenzamos a entender esa naturaleza infinita y contingente de la investigación de lo urbano.

Hay que considerar que esta infinitud, lejos de ser un problema, se convierte en una gran ventaja a la hora de pensar en el largo plazo de una actividad investigativa. Si bien hemos llegado a acumular conocimiento tal como lo hacen otras ciencias, nuestra fortaleza no está en el apilar y organizar como hormiguitas ese estable y concatenado conocimiento, sino en reconocerle y reforzar su carácter perentorio y contingente. Al entender que el conocimiento que generamos sólo retrata una porción de tiempo, espacio y sociedad que se empeñan en cambiar día a día, validamos su inmensa diversidad y aumentamos su calidad intrínseca. Una de las más comunes críticas que se hacen a nuestra producción académica es tratarla de disléxica articulación de disímiles pedazos de conocimiento que no terminan de tener forma ni tamaño evidentes comparados con cuerpos de conocimiento de otras ciencias, no por nada llamadas "más duras". Esta crítica no hace más que reflejar las distinciones entre tipos de cuerpos de conocimiento y no su validez para vehicular la comprensión del objeto estudiado.

En realidad, somos un poco como Tita, aquella protagonista de "Como agua para Chocolate" que pasaba sus noches tejiendo aquella manta infinita de amor por Pedro. Nos dedicamos, por separado y en paralelo, a ir armando pequeñas piezas de conocimiento que son en sí mismas una coherente y clara explicación de un todo mayor al que hacemos constante tácita referencia, pero que sabemos ilimitable.

Por estas razones aparecen en un mismo número de esta revista cuestionamientos sobre cómo la ciudad responde a su entorno físico y los riesgos que éste implica, cómo este entorno a su vez la afecta y se entrelaza con ella en procesos complejos, estudiamos la evolución de estos procesos tratando de medirlos y explicarlos aplicando técnicas transdisciplinarias, revisamos la evolución de sus reglas de generación y regulación y reinventamos la lectura de sus partes, ya que las anteriores no parecen servir más para explicarla. Todo ello en un solo número de una revista. Revisar y comparar estas pericias temáticas y metodológicas frente a otras publicaciones científicas puede ayudar a evidenciar esta trascendental y sutil diferencia. Tomen un número de JAMA (Journal of the American Medical Association) o los *proceedings* del SIGGRAPH de la ACM (Association for Computing Machinery) y revisen su índice. Encontrarán notables diferencias, no tanto en cuanto a temas y métodos, que suponemos de antemano diferentes, sino en algo que podríamos llamar el grado de entropía ontológica, tomando prestada la terminología de uno de nuestros artículos.

Somos así porque a pesar de conocer la naturaleza cambiante e inasible de lo urbano, también intentamos darle coherencia y continuidad a esa producción, cuestión de asegurar el aprendizaje y la evolución de nuestros productos intelectuales. En algunas oportunidades este intento de sistematización del conocimiento nos lleva a transitar ilusoriamente hacia los territorios de los grandes modelos explicativos y totalitarios, cuyo método tiende siempre hacia la simplificación extrema de lo complejo, desnaturalizando la esencia misma de lo que pretendemos conocer. Sabiamente, siempre e invariablemente logramos cuestionarlos y relativizamos, aunque no siempre de manera voluntaria, regresando al territorio de lo parcial e inestable. Menuda vaivén este que seguimos como ritual cognitivo.

Para poder sacar provecho del conocimiento que producimos sobre el complejo objeto de estudio que es lo urbano, les proponemos hacer un acto de humildad y constricción. Debemos asimilar que cada producto, cada artículo reproducido en esta revista, cada visión vehiculada en ellos puede ser vista como un pedazo de esa maravillosa cobija de Tita, donde lo urbano no es la cobija, sino los hilos que utilizamos para trenzarla, de infinitos colores y texturas, de variadas puntadas y patrones, que aún combinadas producen algo que sabemos siempre será incompleto e inacabable.

